



VESPERTINA I

Roja puesta de sol.

Y sobre el domo
del crepúsculo igneo, se destaca
la obscura ramazón de un árbol, como
la sombra de una mano abierta y flaca.
Cruza el incendio un pájaro; parece
pincelada de sepia fugitiva;
ya en lo alto el fulgor se desvanece
en un lúgubre azul, donde cautiva
y engastada en penumbras, se estremece
una pálida estrella pensativa.

Por el gris e intrincado varillaje
del bosque, la tiniebla silenciosa
va tejiendo el sutil y negro encaje;
pero aún quedan prendidos al follaje
amos de luz cansada y perezosa
entre los oros muertos del paisaje.

Estoy solo y medito;
y mientras sueño, y sobre mi cabeza,
comienza a constelarse lo infinito,
abro mi corazón a la tristeza:
una tristeza santa que me viene
¡oh mi Madre, de tí, Naturaleza,
de tí que me haces soñador y artista,
y dejas que mi espíritu se llene

con un vago delirio panteísta!

Santa y dulce tristeza que me vino
sin que yo la llamase!

Cuelga en tanto
su lámpara la luna, en el divino
silencio de la noche. Y me imagino
que es una celestial gota de llanto.



VESPERTINA II

No me preguntes si la amé... ¡quién sabe!
Cuando la vi en mi lecho, ya rendida,
trémula de pasión, como una ave
que aprisionó el deseo, dar la vida
cual una ofrenda en el altar suave
de su seno de virgen fué mi gloria.
Se estremeció mi carne entre sus brazos,
y me alejé, sin penas y sin lazos,
de aquel amor sin alma y sin historia.
¿Amor?... Tal vez; mas el sensual que gasta
en besos la energía y la memoria;
deshace el ideal, apura el brío,
y lentamente sorbe alientos, hasta
que se asoma en la cámara el hastío,
abre a la luz la puerta, y dice: basta:
loco y fugaz amor, muere de frío.
... Pero tú no me entiendes! En tu casta
sonrisa hay burla, y, a la vez, asombro:
¡Ah! perdóname; apoya tu risueña
cabecita de ángel en mi hombro,
y en tu delirio azul húndete y sueña.

Abre tus alas invisibles; sube,
 y busca en las celestes fantasías,
 alguna blanca y vaporosa nube
 que abrigue tus quimeras y las más.
 Vuelca el cáliz de oro, consagrado
 y ofrecido por tu alma a mi ternura,
 donde vertí, sacrilego y osado,
 mi lágrima más acre y más impura.
 ¿Ves? ¡Qué cielo tan limpio! En tus pupilas
 irradia su misterio y su pureza.
 ¡Qué dulces, qué apacibles, qué tranquilas
 a un tiempo están la tarde y tu belleza!
 Que tu sueño perfume mis dolores;
 que arrulle mi maldad tu voz suave:
 interroga a los astros y a las flores;
 no me preguntes si la amé.. ¡quién sabe!



VESPERTINA III

Más, apóyate más, que sienta el peso
 de tu brazo en el mío; estás cansada,
 y se durmió en tu boca el postrer beso
 y en tus pupilas la última mirada.
 ¡Qué fatiga tan dulce, la fatiga
 que precede a los éxtasis; pereza
 del cuerpo y del espíritu, que obliga
 a mezclar el amor con tristeza.

Se va la luz.

Y la Naturaleza
 parece que nos dice: Soy amiga
 de todos los que se aman; los amparo.
 Ya os dí alcobas de flores, ya os dí asilos
 misteriosos... descansad tranquilos
 en la estrellada sombra que os preparo.
 ¡Oh, buena amiga!—El alma de las cosas
 sigue de nuestro espíritu las huellas;—
 primero, para amar, nos diste rosas,
 después, para soñar, nos das estrellas.

La luz se duerme en el zafir, lo mismo
 que en los profundos ojos de mi amada;

pero queda un fulgor en el abismo
 y un toque de pasión en la mirada.
 ¡Sutil y misterioso panteísmo!...
 ... Más, apóyate más; vienes cansada...



VESPERTINA IV

¡Amigo, ven; mira qué tarde! Siente
 y confúndete en la Naturaleza;
 no hay nada más hermoso. Sé creyente
 de este divino culto, fortaleza
 de la Vida.

Y el campo es complaciente
 a la invasión. La sombra, en la maleza
 va tendiendo crespones; una fuente
 canta en la obscuridad una terneza.
 La llanura es un mar negro y silente;
 mas lo que sobre el llano se endereza
 —el bosque, la montaña y el torrente—
 alumbra y empenacha su cabeza
 con el oro que flota en el ambiente.
 Y arriba... (ven; mira qué tarde; siente
 y confúndete en la Naturaleza).
 ...Limpio el cielo, profundo, transparente,
 es como un alma que medita y reza.
 Se empapa en claridad, roja y caliente,
 la cumbre blanca, de ideal pureza;
 el reventar de un astro se presiente

en la penumbra azul, y donde empieza
a diluirse la luz, viva y ardiente,
lleno de melancólica grandeza,
con un lampo de sol brilla el Poniente,
tal como brilla, a instantes, una frente
como un gran pensamiento de tristeza...



¡Amigo, ven; mira qué tarde! Siente
el alma universal; que la pereza
abandone tu espíritu indolente...
Sé como el cielo tú; medita y reza.

1904



VESPERTINA V

Oro radiante y triste, de cielo que atardece
el de tus ojos. Esta puesta de sol parece
una de tus miradas intensas y tranquilas.
—Prodigios luminosos del cielo y tus pupilas—
Quién sabe qué ternura recóndita e inmensa
siente el Ocaso. El alma del horizonte piensa.
Dice cosas profundas; con mi espíritu entabla
un diálogo.—La vida, hecha fulgor, me habla.

¡Qué misericordioso crepúsculo, qué bueno,
melancólico, tenue, pensativo y sereno!
Ni un trágico celaje, ni una forma violenta,
ni un fantasma sombrío, ni una nube sangrienta.
Una visión de oro, transparente y divina,
vela el azul con una leve gasa ambarina,
y extiende en los crestones, sobre el oscuro cuarzo,
la palidez carmínea de las rosas de marzo.
Mueve el viento el ramaje primaveral, y siento
tu voz entre las voces fugitivas del viento.
La ciudad que, a lo lejos, calladamente arde,
se diluye en la rubia claridad de la tarde.

El silencio murmura su oración. La campiña
ante el Ocaso tiembla como medrosa niña.
La penumbra ennegrece de los cielos el fondo
que cuanto más obscuro se presiente más hondo.
Y palpita en los flancos de la nébula rota
el cristal tembloroso de una estrella remota.

Hay piedad, hay ensueño, hay amor y esperanza
en el claro horizonte. Yo celebro la alianza
de tus ojos y el día. Yo, religiosamente,
creo en lo que me dicen tus ojos y el Poniente.
Amor, piedad, ensueño y esperanza... lo mismo
que me gritan las luces de tus ojos de abismo.
Largas fascinaciones! Así me quedo absorto
frente a tí, cual enfrente de las lumbres del Orto.

Y es que en tí como en ese fulgurar del Ocaso
hay un misterio amable que me detiene el paso;
un matinal augurio, una consoladora
promesa de día; una revelación de aurora.

¡Si vieras qué apacible crepúsculo, qué bueno,
melancólico, tenue, pensativo y sereno!
Una de tus miradas intensas y tranquilas:
uno de los prodigios del cielo y tus pupilas!...

1909



VESPERTINA VI

Un sutil dardo atravesó el follaje
y se clavó en el nido... El sol hacía
la última buena acción; sellaba el viaje
con la postrera claridad del día.

Diafanizando el oro de la muerta
hojazón, que a las ramas se prendía,
nimbó de luz fantástica e incierta
la casa de los pájaros... Y ardía
en el carmín solar, un ala abierta.

Toda era paz la tarde y poesía...
y yo la ví morir desde la banca
donde, cual lluvia rumorosa y blanca
la gran fronda del álamo caía.

Por abarcar del horizonte el fondo
levanté lentamente la cabeza;
y uní al silencio del jardín, el hondo
silencio espiritual de mi tristeza.

Ojos y corazón puse en el cielo;
y sorprendí la misericordiosa
bondad de aquel Ocaso en agonía,
mientras en frente, tras el grácil velo

—que era una dulce ensoñación—la rosa
de nácar de la luna se entreabría.

¡Santa puesta de sol que da el olvido
de un éxtasis angélico, a mis males!
¡Santa puesta de sol que entibia un nido
oculto entre hojarascas otoñales!

Tú dejas a unas aves que se aneguen
en fulgor melancólico y tardío;
les das luz y calor, antes que lleguen
la noche, el viento, la tiniebla, el frío...

Y como al nido que la fronda encubre,
pone, no sé qué luz desconocida,
un rayo de esperanza en el octubre,
tan lleno de hojas secas de mi vida.

Y pienso en tí. (¿Por qué?... Viene del fondo
de mi ser la obsesión de tu belleza;
tu blanca imagen, tu cabello blondo).
Y en comunión con la Naturaleza,
uno, al silencio del jardín, el hondo
silencio espiritual de mi tristeza.

1908



VESPERTINA VII

Todo en silencio, todo en calma, deja
que se agote la vida, como exiguo
manantial que en un tiempo hizo derroche
de su fecunda linfa; el sol se aleja,
y en las penumbras de un ocaso ambiguo
laten las palideces de la noche.

Se gastó mi dolor, como el antiguo
mármol sacramental de un ara vieja,
en el culto de un dios; ya nadie viene
en busca de parábolas divinas
al templo de mi espíritu que tiene
la noble soledad de las ruínas.

Ni un rumor; ya no hay órgano que suene;
ni un perfume; no hay rosas, hay espinas;
hay viento; no se encenderán los cirios;
hay polvo; no florecerán los lirios;
hay nieve; no vendrán las golondrinas.

Meditando en el término del viaje,
miro, entre vagas sombras vespertinas,
temblar mi porvenir, como un paisaje
a través del vapor de las neblinas.

Todo en silencio; todo en calma, sola,
por una vía gris va mi existencia
nimbada por la débil aureola
de una santa paciencia.

Entrecerrados por la somnolencia
mis ojos ya no miran la esperanza,
y, al volverlos atrás, me hallo en presencia
de la alucinación de una añoranza.

Para el último sueño es el letargo
inicial. En mí, todo desfallece:
la dulce imagen y el recuerdo amargo.

Por la tiniebla que se agita y crece
sin miedo voy, y sólo me parece
que el camino es muy largo.

Sequé los cauces del sagrado río;
sellé la fuente impura;
no seducen ni vencen mi albedrío
pecado ni virtud... ¡Gracias, Dios mío!
me quitaste el placer y la ventura,
pero también la pena y el hastío,
y tendiste en mi espíritu vacío
una inmensa blancura,
un sudario de luz que guarda el frío
cadáver de mi novia la ternura.

No hay en mi corazón hieles de queja,
mieles de amor, ni ajenos de reproche;
ni una gota quedó que manche el vaso.

Crepúsculo es mi vida. El sol se aleja,
las penumbras apagan el Ocaso;
todo en silencio está... Viene la noche.



VESPERTINA VIII

Te vas por el camino polvoriento
que en la triste llanura se dilata,
mientras el gran crepúsculo de plata
se oscurece como un presentimiento.

Calladamente vas, a paso lento,
por la penumbra gris. Y se desata
el aire de la noche.—¡Adiós ingrata!—
gime, en la voz del aire, el pensamiento.
Me despedí sin llanto y sin lamento.

—¡Qué muda está la pena que me mata!—
—Ya estoy solo otra vez...—digo, y me siento
a esperar el instante que rescata
de toda angustia y todo sufrimiento...
y aún te columbro, en el confín de plata,
marchar por el camino polvoriento.





VESPERTINA IX

Fué una tarde, del viejo jardín en la rotonda.
Las luces del Poniente brillaban en los pinos
con púrpuras sangrientas. Y un vendabal de trinos
sacudía, en lo alto, la cincelada fronda.

Sentados en el tosco brocal (en que la onda
de plata de la fuente, deshecha en cristalinos
aljófares, cantaba), cual chispas en endrinos
velos, de las luciérnagas mirábamos la ronda.

Agonizó el Ocaso de tonos ambarinos.
Y una estrella lejana, diamante de Golconda,—
temblando en los azules y transparentes linos
del tramonto, argentaba tu cabellera blonda.

Y ví arder en tus ojos profundos y divinos,
la puesta de sol de una melancolía honda,
y desflorar tus labios, anémicos y finos,
una sonrisa triste como la de Gioconda...

Y así cayó la noche frente a nuestros destinos



VESPERTINA X

Avemaria

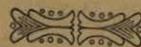
Ya palidecen, en azul, las llamas
de sangre luminosa, del Poniente,
y el diáfano violeta del ambiente
complicándose va de oscuras tramas.

Propicio cuadro a mis internos dramas:
el jardín, como yo, tristeza siente,
llora en silencio el chorro de la fuente,
y se querella un pájaro en las ramas.

Llega a mí, débil, soñador, retiño,
el *Angelus* del templo que blanquea,
como remota aparición de armiño
sobre el verde brumoso de la aldea;

y una plegaria que aprendí de niño
mueve mis labios y mi vida oreá.

Septiembre 4 de 1912





VESPERTINA XI

En la cumbre

Y una luz de esperanza, que de lejos esplende,
como lumbre de Ocaso me sonroja la faz;
y el tranquilo lucero de la tarde se prende,
como clavo de plata sobre el orto fugaz.

A mi espalda, el paisaje del recuerdo se extiende
poco a poco, invadido por la sombra tenaz;
y en la suave penumbra de mi vida, se enciende
la visión milagrosa de un anhelo de paz.

¡Amorosa fatiga, la del triste viajero,
que, tras lengua jornada, llegó al fin del sendero,
apoyado en los hombros de una fiel ilusión;

y se pára en la cumbre del misterio divino,
con un sueño en el alma, y una fe en el destino,
y en los labios exangües una vieja canción!

Septiembre 1.º de 1912



VESPERTINA XII

Tal como si la hubiese labrado en duro jade,
a golpe de obsidiana, prehistórico escultor,
en ásperos manchones la erguida hierba invade
el llano polvoriento que reverbera al sol.

Los grises cortinajes del horizonte dejan
transparentarse el dorso de la montaña azul,
cuyos perfiles, llenos de suavidad, reflejan
la milagrosa y virgen blancura de la luz.

Un árbol, a lo lejos, parece, oblicuo y mondo,
trazo de tinta en una lámina de cristal,
y diseñada en sepia, sobre el claror del fondo,
una cabaña yergue su techo triangular.

Tedioso e invernizo paisaje sin figuras
éste que, tarde a tarde, miro desde el balcón
de mi casa de barrio que huye de las impuras
entrañas de la urbe, como buscando sol,

Aire, sol y silencio, y espacio libre, para
 echar por las divinas regiones de zafir,
 como un ave, mi angustia... La soledad ampara
 la tristeza, y yo tengo tristeza de vivir.

Es ora la magnífica metrópoli, espelunca;
 mi hermano el hombre, es lobo famélico y brutal;
 la vida es odio y cólera...

(Mas tu no cambias nunca,
 Naturaleza, madre de amor y de piedad!

Mi casa y yo, en silencio, te agradecemos esta
 tarde maravillosa de calma y placidez,
 que sólo turba el ruido de la ciudad funesta
 donde, entre sangre y fuego, luchan Caín y Abel.

A nuestra espalda truenan los ecos del combate;
 soplan los estentóreos alientos del cañón,
 y la ciudad, convulsa y amedrentada, late
 desesperadamente como un gran corazón).

Las ambiciones locas, las deslumbradas iras
 fingen un grito unánime de bien y libertad;
 y entre el hervor sangriento de infamias y mentiras,
 mi casa y yo pedimos sólo una cosa: paz.

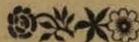
Paz, la de este monótono paisaje sin figuras,
 paz de cielo y de tierra que están en oración,
 paz que, en luz milagrosa, viene de las alturas
 y santifica el alma, como una bendición.

¿Por qué a esta dulce calma con mi ansiedad respon-
 Esta quietud inmensa, de púrpura y zafir, [do?
 ¿será un dolor que calla?... Y aquel árbol del fondo
 se inclina suavemente como diciendo: sí.

¡Ah! si como en el Orto, que empasta la neblina,
 se ve surgir la cumbre bañada en claridad,
 pudiera, en su horizonte, mi sueño que declina,
 ver siempre el anhelado perfil del ideal!

Mas no; mi pecho turbio, frente a esta tarde clara,
 siente tristeza, tedio, desencanto, una rara
 náusea moral, deseo de que se abrevie el fin;
 misericordia y asco...

La soledad ampara
 las vergüenzas. Yo tengo vergüenza de vivir.



Voces de la sombra interior

(1909-1912)



VIEJA LÁGRIMA

Como en el fondo de la vieja gruta,
perdida en el riñón de la montaña,
desde hace siglos, silenciosamente,
cae una gota de agua,
aquí, en mi corazón obscuro y solo,
en lo más escondido de la entraña,
oigo caer, desde hace mucho tiempo,
lentamente, una lágrima.

¿Por qué resquicio oculto se me filtra?
¿De cuáles fuentes misteriosas mana?
¿De qué raudal fecundo se desprende?
¿Qué remoto venero me la manda?
¡Quién sabe!... Cuando niño fué mi lloro
rocío celestial de la mañana;
cuando joven, fué nube de tormenta,
tempestad de pasión, lluvia de ansias.
Más tarde, en un anochecer de invierno,
mi llanto fué nevasca...
Hoy no lloro... Ya está seca mi vida
y serena mi alma.

Sin embargo... ¿Por qué siento que cae
así, lágrima a lágrima,

tal fuente inagotable de ternura,
 tal vena de dolor que no se acaba?
 ¡Quién sabe...! Y no soy yo: son los que fueron;
 mis genitores tristes; es mi raza;
 los espíritus apesadumbrados,
 las carnes flageladas;
 milenarios anhelos imposibles,
 místicas esperanzas,
 melancolías bruscas y salvajes,
 cóleras impotentes y selváticas.
 Al engendrarme el sufrimiento humano,
 en mí dejó sus marcas,
 sus desesperaciones, sus angustias,
 sus gritos, sus blasfemias, sus plegarias.

Es mi herencia, mi herencia la que llora
 en el fondo del ánima;
 mi corazón recoge, como un cáliz,
 el dolor ancestral, lágrima a lágrima.
 Así lo entregaré, cuando en su día,
 del seno pudoroso de la amada,
 corporizados besos, otros seres,
 transformaciones de mi vida salgan

Estoy frente a mi mesa de trabajo.
 La tarde es linda. Alumbra el sol mi estancia.
 Afuera, en el jardín, oigo las voces
 de los niños, que ríen y que cantan.
 Y pienso: acaso, ¡pobres criaturas!
 sin daros cuenta, en medio a la algazara,
 ya en vuestro alegre corazón se filtra,
 silenciosa y tenaz, la vieja lágrima!



¡QUÉ NOCHE TAN AZUL!

A Manuel Ugarte

I

¡Qué noche tan azul!... Por la ventana
 de mi alcoba de enfermo, triste y negra,
 se filtra el blanco resplandor... Y alegra
 mi soledad una visión lejana.

II

El plenilunio así... La luz de nieve
 unta, en brillos de nácar, el ramaje
 de la arboleda que se funde en leve
 transfloración sutil. La noche llueve
 su argento sideral sobre el paisaje.
 El plenilunio así... La hora discreta;
 la plata verde de un jardín sombrío;
 el cielo, misterioso; el aura, quieta;
 la cristalina música de un río;
 un penetrante aroma de violeta.
 Silencio. Soledad. Tristeza. Frío.
 Pero ¡qué importal... Se alza en la infinita
 tranquilidad del campo, una casita.
 Y es el balcón pequeño

—lumbre rojiza en la fachada bruna—
como un ojo risueño,
que cautelosamente vela el sueño
de la campiña gris, ébria de luna.

¿Te acuerdas todavía?... A los cristales
de aquel balcón pegamos las cabezas
juveniles, ardientes y joviales,
para ver de la noche las bellezas.
De los labios sensuales
se me escapaban besos y ternezas.
Tus cabellos olían
a rosas. Y tus ojos relucían,
con un fulgor divino,
en ojeras de espasmos turbadores,
cual dos perlas de aljófar matutino
en el cáliz obscuro de dos flores.
¿Te acuerdas? Preguntamos al Destino
en el misterio de la hora.

—¡Oh, Sino
fatal! ¿qué nos espera
en el término blanco del camino?
¿Dónde va, peregrino
de la vida, este amor en primavera?»—

Y tu mano en mi mano
tembló como paloma. Y mi contento
se puso pensativo ante el arcano.
Y unidos pensamiento y pensamiento,
volaron audazmente.

En la infinita
tranquilidad de aquel jardín obscuro,
el pequeño balcón de la casita
ya no fué alegre, sino torvo y duro
ojo que quiere ver hacia el futuro,
y asombrado medita.

De repente escuché, como un conjuro,
tu voz de apasionada Sulamita:
—«¡Qué noche tan azul!... ¿La ves?—dijiste.—
»Dame otro beso y no te pongas triste,
»¿Por qué te espanta el porvenir siniestro?
»Eres mío. Soy tuya... El mundo es nuestro».
Y luego, con drolática ironía:
—¡Cuántas como ésta, perderás, tan puras,
en infames y locas aventuras,
como Don Juan Tenorio, vida mía!»

Y volvió la alegría,
y de los besos el alado giro,
y el instante de amor que se desata
tempestuoso como una catarata,
breve como un suspiro...
Y—tal vez lo recuerdes todavía—
en el campo, y en tu alma, y en la mía,
y en el balcón pequeño
empapado de luna,
aquella noche mágica fué una
visión de luz y ensueño...

III

¿Dónde estás, juventud? (Nadie responde,
El corazón te implora).
¿Y tú, chiquilla enamorada, dónde?
(Nadie responde. El corazón te llora).
—«¡Qué noche tan azul!...»—repito ahora
después de tanto tiempo...

Y aún me alegra
ver cómo resplandece y se engalana,
con luz de plenilunio, la ventana
de mi alcoba de enfermo, triste y negra.

14 de marzo de 1911.



EL RUISEÑOR CANTABA

El ruiseñor cantaba. La noche era divina,
toda cendal de nieve, toda cristal azul;
y en el jardín de plata, la coruscante encina
alzaba entre la sombra su cúpula de luz.

El ruiseñor cantaba. Y en un ambiente extático
dormían las praderas. Cantaba el ruiseñor;
y el viento flébil, alitendido y aromático,
soplaba el adorable cantar, de flor en flor.

Y repintó las cumbres la aurora ardiente y flava,
y levantó la alondra su trino matinal,
y abrió su seno el día... y el ruiseñor cantaba
soñando en el nocturno misterio de cristal.

Vino la siesta cálida; la tarde pensativa
vino; la noche negra sus lumbres apagó,
y el ruiseñor cantaba, como si la votiva
lámpara de la luna colgase de un crespón.

Estío, otoño, invierno, primavera... Y el canto
surgía de las verdes entrañas del jardín,

alegre o melancólico—ora risa, ora llanto—
inacabable y único, magnífico y sin fin.

El ruiseñor se había vuelto loco; se había
embriagado de luna, de sueño y de pasión,
y cantaba, cantaba!...

(Como la poesía
que llevo en el oscuro jardín del corazón).

12 de abril de 1913

